

CARTAS A MIS HERMANAS MÁS JÓVENES 2

**Amistad política
entre mujeres**

Raquel Gutiérrez Aguilar

Carta a mis hermanas más jóvenes. Amistad política entre mujeres –
Raquel Gutiérrez Aguilar (autora)— México: Bajo Tierra A.C., 2022
pp: 15 cm x 10 cm

Diseño y maquetación: Lu Fiera/ Bajo Tierra Ediciones

Corrección de estilo y cuidado de la edición: Bajo Tierra Ediciones

Primera edición: febrero de 2022

D.R. © Raquel Gutiérrez Aguilar, autora

D.R. © Bajo Tierra A.C.

www.bajotierraediciones.com

Correo electrónico: bajotierraediciones@gmail.com

Minervas Ediciones

e-mail: minervascolectivodemujeres@gmail.com

ISBN: 978-607-99301-7-2



minervas
colectivo de mujeres



escuela de
formación
feminista

andromeda



MUJERES
TERRITORIOS Y
RESISTENCIAS

Territorio
Feminista



Bajo
tierra
Ediciones

Puebla, Pue., a 22 de septiembre de 2021

Queridas compañeras:

En esta carta reflexionaré en torno a la *amistad política entre mujeres*, nutriéndome tanto de las experiencias más potentes que he vivido —que sin duda han ocurrido con base en intensos acuerpamientos entre diversas con fines específicos—; como de otros ensayos de tejido y sostenimiento recíproco de proyectos y espacios a mediano y largo plazo. Acerca de las virtudes de la amistad política entre mujeres se ha escrito bastante¹ y, por fortuna, es ya muy amplia la experiencia compartida de capacidad incrementada, de fuerza regenerada, de alegría intensa y fluidez creativa que se experimenta cuando se practica y despliega la amistad política entre mujeres que amplifican, a través de ella, sus capacidades de lucha colectivas e individuales. Muchísimas de nosotras conocemos ya la vivificante experiencia de la inmensa capacidad generativa que parece brotar como porque sí, cuando entre diversas nos proponemos hacer o lograr “algo”, cuando entre distintas alcanzamos a experimentar procesos de sintonía virtuosos en los que

¹ Una reflexión actualizada sobre esta temática se encuentra en Bajo el Volcán 5.

unas y otras nos damos cuenta de lo que ocurre y somos capaces de producir decisiones conjuntas y acertadas de manera sencilla; casi inmediata. Como si por momentos, a través de la palabra y los deseos puestos en juego nos convirtiéramos en un solo organismo pensante que es capaz de saber lo que ocurre a las demás y que, de manera acelerada es también capaz, simultáneamente, tanto de cuidar y atender necesidades al interior del acuerpamiento, como de sostener y continuar dando forma a la intención que nos ha enlazado (sea esta intención desarmar un agravio, reparar una injusticia, producir un resultado, construir un espacio propio o cualquier otra cosa que en un momento específico consideremos “desesaria” (como insiste en decir Amaia Pérez). Sin embargo, esta experiencia de acuerpamiento y sintonía intensa suele ser en ocasiones también efímera y su sostenimiento dificultoso y confuso. Eso lo sabemos igualmente, pues casi con seguridad lo hemos experimentado. Se proyecta en conjunto, se produce colectivamente y luego los acuerdos parecen diluirse, en ocasiones, de un modo tan vertiginoso como los sucesos y creaciones que promueve.

Justamente sobre esa intensidad es que me interesa reflexionar: la intensidad de la creación y el logro conjunto que con frecuencia corre en paralelo al desvanecimiento de la fuerza alcanzada y compartida, dificultando la organización de la experiencia vivida en tanto, sencillamente, no hay palabras precisas para darle forma. A veces, la experiencia misma de lo logrado nos

desborda. Parece no haber medida adecuada ni para significar lo que alcanzamos a generar en común ni para entender la manera en que parece desmoronarse o evaporarse. No la hay, no existe la medida precisa y desde nosotras mismas que permita comprender cabalmente nuestras creaciones y ratifique la capacidad desconocida de desplegar energía y fuerza en cantidades asombrosas. Hay que producir tales medidas para poder reconocer las creaciones como propias, como nuestras. Y es urgente organizar tales medidas porque cuando no alcanzamos a simbolizar los procesos de largo alcance y los eventos de mediano plazo que producimos y sostenemos en acuerdo con otras, comenzamos a dudar. Es una duda honda, añeja, la que brota desde nuestro interior. Dudamos de nosotras mismas y de las demás. Las relaciones se revuelven y confunden. Nos desconcertamos, perdemos centro y volvemos a dudar. Se complican los vínculos entre nosotras. Lo que ayer no era ningún problema hoy es un agravio insoportable. La fuerza, los enlaces y los acuerpamientos se erosionan y se amplifica un profundo malestar. Dudamos incluso de la amistad entre mujeres. Y nos equivocamos.

De ahí la *desesidad* —básicamente mía y creo que compartida— de entender algo más sobre este tema. Mis peores desaciertos han ocurrido cuando me he dejado atrapar por *la duda sobre la fuerza y capacidad propia* que he sido capaz de desplegar con otras mujeres. Razones para dudar han habido muchas o, más bien, he podido enumerar muchas en términos racionales; sabiendo

íntimamente, eso sí, que estaba cometiendo un error. Por eso deseo tanto entablar con otras esta conversación. Volver a traer temas que brotan y desaparecen en la discusión entre nosotras. Contribuir un poco a la reflexión compartida que urge sobre la manera en que construimos vínculos entre distintas. En particular, a la manera como alumbramos formas siempre inéditas, potentes y simultáneamente contradictorias de amistad política entre mujeres en lucha.

Practicar la amistad política entre mujeres es, de por sí, vivir a contracorriente del mundo tal como es, tanto en el ámbito privado y familiar como en el espacio público. Significa no plegarse ingenuamente, sino desobedecer y rebelarse a lo estructurado de modo patriarcal y por eso es, a veces, tan pero tan difícil sostenerlo, entenderlo y expresarlo.

Existe, además, una paradoja: aliarse con otras mujeres es una decisión íntima y personal, sostener la alianza y politizarla es una apuesta que no depende únicamente de una misma. Urge explorar la paradoja y documentar lo que ya hemos aprendido. Sostener el deseo propio que se despliega en alianza con otras, sin permitir que se diluya ese deseo íntimo hipotecándolo en mantener la alianza cuando ésta se desfonda es un problema de gran complejidad: requiere de cálculos complejos ligados a la *pragmática vitalista* que ha estudiado en otro contexto Verónica Gago.² La situación de tensión entre nosotras

² Gago ha trabajado la idea de pragmática vitalista en su libro, *La razón*

nos coloca con frecuencia ante una disyuntiva que parece no tener solución. Sin embargo, si hay algo que conozco es que abandonar la alianza con otras es el camino más directo hacia el colapso en el bucle de la repetición de la estructuración patriarcal del mundo, de alguna manera y en algún formato.

Por eso, lo primero que no hay que olvidar es que vivimos a contracorriente cuando practicamos la amistad política entre mujeres. Sabiendo —y jamás olvidando— que vivimos en lucha, desafiando y subvirtiendo lo que existe, comprendemos que hay momentos más intensos en el sostenimiento de las alianzas con otras y que a veces tenemos que descansar, exactamente igual que cuando una remonta un río: se avanza y se descansa para lograr proseguir el trayecto. Vivir en lucha significa, antes que cualquier otra cosa, asumirse como sobreviviente;³ empeñándose en

neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular, Tinta Limón, Buenos Aires, 2014. Recupero su idea para destacar sus contenidos de simultánea capacidad colectiva e individual de adaptación e invención, así como su dimensión estratégica, altamente conflictiva.

³ En el imprescindible libro editado por Cherríe Moraga y Ana Castillo, *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, ism press, San Francisco, 1988; las narraciones y significaciones, contadas desde una inmensa constelación de voces contrastantes, de las hondas heridas que muchas mujeres diversas llevan en sus cuerpos hace uso, por lo general, del término *sobreviviente* en algún momento de sus historias. El contraste de lo que puede ser enunciado al pensarse como sobreviviente, y no únicamente como víctima, lo elaboraré en la siguiente carta, por ser actualmente un tema de inmensa relevancia para nuestras luchas en medio de la guerra desatada

significar desde una misma los agravios y agresiones que se hayan soportado para ser capaces de politizarlos y de hallar manera de boicotearlos y subvertirlos. En tal sentido es una entre las acciones orientadas a través de la *pragmática vitalista*, pues entiende y adapta las circunstancias y situaciones específicas que se han vivido al tiempo que imagina y crea las condiciones — jamás óptimas— para encararlas y subvertirlas.

Lo segundo que no hay que olvidar y que fue abordado en la primera de esta serie de cartas es la inexistencia de espacios de pares, también entre nosotras mismas. Pero el juego que nosotras jugamos no se llama igualdad y tampoco se llama “horizontalidad plena”, se llama *equilibrio dinámico de las diferencias* que disminuye y ataca la desigualdad y las acciones de desconocimiento recíproco. Y para equilibrar hay que, otra vez, saber medir: medir las distancias y jerarquías que nos separan y medir — valorando— también los ensayos para acortar y erosionar tales distancias y jerarquías. Reconocer y valorar cuánto y cómo avanzamos en la pelea contra la desigualación que jerarquiza y contra la jerarquización que desigual, sin colapsar en la tentación de clausurar identidades⁴ ni

y la muerte desbordada.

⁴ La clausura de identidades específicas que contienen y distinguen es un proceso distinto al de sostener prácticas autoafirmativas capaces de enlace. El primero suele delimitar un espacio de identificación y pertenencia que, al menos bajo el neoliberalismo, se volvió plenamente administrable por el Estado; el segundo se abre a la generación de dificultosos procesos de inclusión entre diversas que han de re-equilibrarse para sostener sus propósitos. Estos problemas serán objeto

asfixiarnos en la homogeneidad. No ocultar nunca las diferencias y desigualdades y, al mismo tiempo, no anhelar jamás la homogeneidad. No desconocer las jerarquías y separaciones y, simultáneamente, no desconocer los esfuerzos por sostener los vínculos y desarmar esas mismas odiosas jerarquías.

Éstas son las cuestiones que me interesa conversar con ustedes. Escudriñar, pues, la fuerza increíble y también las problemáticas complejidades de la amistad política entre mujeres. Entremos en materia.



Una primera distinción que vale la pena escudriñar es la diferencia entre la amistad entre mujeres que se politiza y la amistad política entre mujeres. Ambas son similares, pero no son exactamente lo mismo.⁵ La amistad entre mujeres es el resultado de desplegar una *intención intuitiva y concreta* —a decir de María Galindo—⁶ que se pone en juego para brindar o solicitar soporte y aliento a/en otra; suele ser gozosa y lúdica. La amistad entre mujeres

de reflexión más general en la tercera carta; una vez que alcance a organizar mi propia experiencia sobre el punto a través de la escritura escribiendo esta segunda carta.

⁵ Agradezco al Equipo de investigación feminista que hemos conformado desde la BUAP la atención y el espacio aportado para reflexionar sobre esta distinción. Véase, <https://investigacionfeminista.org>.

⁶ Entre los diversos libros de María Galindo dos son donde se abordan estos temas de manera más sistemática: *Feminismo Bastardo*, Mujeres Creando, La Paz, 2021 y *No se puede descolonizar sin despatriarcalizar. Teoría y propuesta de la despatriarcalización*, Mujeres Creando, La Paz, s/f.

es la semilla más fértil para erosionar la dominación patriarcal; desafía y boicotea el mecanismo más íntimo de estructuración de esa forma de dominación: la separación entre nosotras a través de mediaciones patriarcales que encauzan nuestra energía vital al sostenimiento no de los deseos propios, sino de rígidas estructuras de expropiación de nuestro tiempo, trabajo y capacidades; por lo general ofreciéndonos fugaces momentos de reconocimiento y satisfacción. Acá el problema es la inmensa dificultad de *significar* la amistad entre nosotras como un asunto eminentemente político para afanarnos en su sostenimiento entendiendo la manera compleja en que tal relación politiza y subvierte lo dado.

Por lo general, a través de la relación con una o más amiga(s) nos damos tiempo para nosotras mismas, destinamos energía y capacidad a cuestiones diversas que nos nutren y enriquecen. Experimentamos la vigorosa sensación de “estar para nosotras” y comenzamos a romper el mandato plurisecular de “ser para otros”, que investigó Marcela Lagarde en su variedad llamándolos *cautiverios*; mandatos, por lo demás, que con tanta violencia se ha inscrito en cada cuerpo nuestro.⁷ La amistad entre mujeres

⁷ Los niveles de violencia soportados por cuerpos diferenciados a través de marcas de clase, sexualidad, raza son muy distintos. De ahí, por ejemplo, la gran disputa de las “mujeres tercermundistas en los Estados Unidos” —tal como ellas se designaron— contra el feminismo hegemónico, anglo o blanco. Es muy relevante mantener la atención en los significados y contenidos políticos —no identitarios— de esta intensa disputa ocurrida en los ochenta y noventa. El problema cen-

requiere de tiempo y energía que sustraemos cada una del orden —patriarcal, colonial y capitalista— impreso en el mundo; en el cual estamos ensambladas de manera profundamente diferenciada y conflictiva. Por eso la amistad entre mujeres es tan atacada y, con frecuencia, se nos presenta simultáneamente como algo tan frágil. Está siempre en duda. La atacan los varones cercanos y también algunas mujeres atrapadas en la apariencia fetichizada de que su propia capacidad proviene de ser funcionales al pacto patriarcal —específico y situado— en el que estén insertas.

En todo caso, la amistad entre mujeres cuando se practica, se cuida, se valora y se significa autónomamente habilita peculiares formas de politización, casi todas conflictivas y difíciles, que recorren un arco inmenso de situaciones y experiencias del ámbito privado y público conectando esas esferas aparentemente separadas y ajenas. La amistad entre mujeres incrementa la fuerza vital de cada quien, ofrece redes de soporte material y afectivo al tiempo que sostiene y equilibra la vida cotidiana; permite significar agravios y violencias e ilumina caminos para rechazarlos o eludirlos; incita a realizar desplazamientos materiales y simbólicos y convoca a cada quien a indagar en los deseos propios

tral acá está en desarmar las jerarquías; es decir, el problema es la erosión sostenida y el desarmado de tales jerarquías, no la confrontación identitaria que, sin embargo, necesita ser nombrada y comprendida —también como imposición a subvertir— al interior de la práctica de la amistad entre distintas.

a fin de ensayar su despliegue. Sostiene la vida de cada amiga conectándola con el camino arduo de la desnaturalización de las violencias que permite surfear la precariedad de la existencia e impulsa hacia la apertura a los deseos. La politización que produce la práctica de la amistad entre mujeres, por tanto, es abarcativa y difusa, compleja y abierta a todo tipo de ensayos y creaciones. Se presenta, por lo general, como lo expresan Luisa Muraro y Lia Cigarini, como una *relación sin fin*: práctica de la relación sin objetivos explícitos ni fechas de caducidad. Al no proponerse fines explícitos y abrirse a todas las posibilidades se distancia de la racionalidad instrumental y existe en tanto que se cultiva y se practica. Requiere ser relanzada una y otra vez. Corre a contracorriente de lo estructurado, liberando los deseos de quienes la cultivan e incrementando la energía para perseguirlos y de ahí proviene, paradójicamente, también su fragilidad: los deseos de alguna pueden quedar atrapados en versiones reiteradas y complejas del pacto patriarcal y contraponerse con los de las demás. Indagar en las formas de politización tan amplias y creativas que se producen a través de la práctica de la amistad entre mujeres es una inmensa y dificultosa tarea que tenemos ante nosotras. Desde esa amistad practicada entre diversas, se pueden ensayar modos de conjugar los deseos compartidos produciendo objetivos y estrategias explícitas: a eso es a lo que en esta carta llamaré *amistad política entre mujeres*, sin desconocer otras posibles formas de politización.

La amistad política entre mujeres entonces se orienta, antes que nada, por intenciones compartidas y explícitas que envuelven la expresión de deseos abriendo cauce para ellos, para que logren trenzarse desde la multiplicidad y las diferencias. La amistad política entre mujeres, por tanto, se proponen fines específicos y concretos. Constituye así *una* de las formas de politización de la amistad entre mujeres. *Una* de sus *formas de politización* que permite *fundar alianzas* situadas y orientadas a mediano o largo plazo. Considero que la distinción así presentada entre amistad entre mujeres y amistad política entre mujeres; entendida la segunda como una de las posibles formas de politización de la primera es fértil en el camino de diseñar *una medida que nos medie a través de la palabra*. Las intenciones compartidas y explícitas contribuyen a producir equilibrio entre nosotras pues permiten ordenar la comprensión y significación de las creaciones comunes. Considero también que es útil la distinción entre la amistad entre mujeres y la amistad política entre un nosotras diverso, porque con frecuencia los múltiples eventos y situaciones experimentados durante la primera, es decir, a lo largo de la práctica de la amistad entre mujeres —todos ellos intensamente sentidos y plenos de sentido—, al ocurrir a contracorriente de lo que existe y siendo tan difícil su significación y politización, se suelen confundir y traslapar produciendo en cada una, cuando tales sentidos se entrampan, confusión, enojo y tristeza.

Considero además que, si distinguimos la especificidad de la amistad política entre mujeres, sostenida en la capacidad de explicitar deseos, intenciones y propósitos, que se orienta a ensayar modos de compartirlos y conjugarlos, se vuelve necesario replantear asuntos del *alcance temporal* del acuerpamiento en marcha entre mujeres que de esa manera se genera. El alcance temporal se relaciona, casi siempre, con las *intenciones puestas en juego* entre quienes llevan a cabo la práctica de la amistad entre mujeres, politizándola de una manera específica: explicitando deseos y comprometiendo su sostenimiento de manera conjunta. Es importante comprender que los tiempos que se producen a través de la amistad política entre mujeres tienen un carácter complejo: son tiempos que se abren hacia la producción de bucles de sostenimiento recíproco que desbordan los objetivos inicialmente establecidos expandiéndolos. A través de acciones reiteradas de encuentro y conversación se sostienen los deseos explicitados y se pautan nuevos ritmos de enlace organizados en patrones de intermitencia que modulan la apertura a nuevas y más amplias desesidades. La amistad política entre mujeres es capaz, en este sentido, de producir y sostener un *bucle sin fin*; a modo de expansión amplificada de la *relación sin fin* ya mencionada. La mediación entre una y otro son, paradójicamente, los propósitos e intenciones explícitos que trenzan los deseos compartidos —jamás idénticos entre sí— que organizan y orientan lo que se hace en común.

Ahora bien, todo se complica todavía más en tanto las intenciones y deseos puestos en juego pueden ser muy diversos, su pluralidad recorre un abanico casi infinito. Reconocer entonces el alcance temporal situado de nuestras acciones de enlace y de la práctica de la amistad entre nosotras, a través de comprender y producir a cabalidad las intenciones y deseos explícitos puestos en juego; y sobre todo saber reconocer sus logros como éxitos comunes es fundamental para sostener la alianza política entre nosotras porque, por lo general, tal alianza se orienta y equilibra a través de dichos fines concretos. Aparece acá otra paradoja, ¿Cómo puede practicarse entre *diversas una relación sin fin si hablamos, simultáneamente, de alcance temporal —que entraña la idea de límite temporal, lo contrario de uno de los sentidos de la expresión “sin fin”— y de intenciones y propósitos explícitos —que parece ser lo contrario de “sin fin” en su otro contenido?*

Justamente ahí es donde se suelen confundir los planos y significados de la alianza, esto es, de la amistad política que se está practicando. La hipótesis que sostengo es que las intenciones y propósitos explícitos y el alcance temporal fijado en la práctica de la relación sin fin entre diversas permiten mediar las relaciones entre quienes, justamente, practican la relación sin fin. Abren caminos para dar forma a la práctica de la relación volviéndonos capaces de sostenerla en el tiempo. En todo caso, volver a recordar que las intenciones y deseos explícitos del enlace no se enuncian ni se viven de manera abstracta.

No hay acá, pues, ningún compromiso con algún concepto abstracto de “amistad” o con su sostenimiento en general. Más bien, la amistad política entre mujeres que se organizan desde el tejido inmediato y cotidiano de las desesidades múltiples que se trenzan entre quienes practican la relación, se regula interiormente mediante la explicitación de las intenciones y deseos así trenzados. A través de tal mediación de propósitos explícitos temporalmente delimitados, en ocasiones se alcanza a abrir la posibilidad de práctica de un *bucle sin fin* que recoge y reorganiza acuerdos anteriores, logra significar sus resultados como logros y permite relanzarlos una vez más bajo formas renovadas. En tal situación, los deseos expresados en propósitos, compartidos e individuales, tienen la posibilidad de seguir expandiéndose.

Entonces, cuando para algunas mujeres diversas implicadas en la práctica de la relación se comienza a abrir el tiempo, se recupera la energía propia y se vislumbran renovadas posibilidades de despliegue de sus deseos, a través, justamente, del sostenimiento significado y politizado de la amistad que están practicando; los sucesos se viven de manera intensa y casi sin brújula preestablecida desde la cual orientarse. La práctica de la amistad política entre diversas desgarrar muchos hilos del mundo conocido y las situaciones concretas —situadas— se complican. En ocasiones, resulta sumamente difícil establecer con claridad lo que se está compartiendo y haciendo en común: son muchas cosas al mismo tiempo, multiplicidad de vínculos superpuestos

y de anhelos, deseos y necesidades articulándose de manera concreta. Se percibe, entonces, que la amistad política entre mujeres en lucha no se parece casi en nada a los modos patriarcales de establecer acuerdos formalizándolos en términos generales y abstractos. La amistad política entre mujeres se desparrama sobre lo cotidiano y lo personal, se nutre de ello porque se refuerza desde el soporte vital que nos brindamos unas a otras; al tiempo que se organiza también, en torno a intenciones y objetivos que expresen deseos que están obligados a volverse públicos. ¡Fluye! ¡No es jamás estática! ¡Y vaya que esto a veces causa una gran confusión!

Resulta con frecuencia que, cuando se practica la relación entre nosotras, todo aparece “revuelto”: se combinan aspectos de la vida que casi de forma inmediata, bajo el orden de la vida patriarcalmente estructurado, se mantienen compartimentados de forma rígida, separados por la costumbre y atrapados, sobre todo a través de la pinza matrimonio/familia que estructura patriarcalmente la reproducción cotidiana de la existencia más inmediata. La pinza en cuestión afirmo acá, presiona para que la experiencia se organice en términos ideales, fetichizados, imaginarios; tal como indagué en *Desandar el Laberinto. Introspección en la feminidad contemporánea* —escrito en 1999 abordando la temática de la dificultad para la disposición de una misma en medio de la vida familiar heteropatriarcal de clase media urbana—.

Es por ello que el orden temporal no lineal, intermitente, pautado y capaz de generar bucles para la amistad política que alcanzamos a practicar entre distintas siempre se halla tensado en medio de pactos patriarcales añejos que nos preceden y nos contienen; imponiéndonos también su orden temporal. De ahí la importancia de la claridad de los acuerdos establecidos, concretos y basados en *desesidades*; de la tenacidad en la práctica de la relación entre nosotras y de estar atentas ante los peligros que constriñen tales prácticas políticas exhibiendo y amplificando su fragilidad.



Dada la inmensa dificultad que presenta la amistad política entre mujeres, desarrollaré mis argumentos escudriñando la temática de manera formal. La formalización corre el riesgo de esquematizar demasiado cuestiones que en lo concreto se presentan llenas de pliegues y significados contradictorios. Sin embargo, tiene, asimismo, la ventaja, por contraste, de exhibir con claridad algunos rasgos que considero relevante destacar. En todo caso, la acción de formalizar algo tan difícil de abordar no puede tener pretensión de exhaustividad. Esto es, no lograré jamás atrapar, mediante el esquema que desarrollo a continuación, la multiplicidad de contenidos, significados, dificultades y potencias de la amistad política entre mujeres. Considero de todas maneras que la tarea en la que me empeño es fértil, en tanto lo que sí se vuelve explícito a

través del esquema formal son algunos hilos que suelen reiterarse a la hora de practicar la amistad política entre mujeres. El esquema es, pues, sólo una contribución a posteriores y más hondas conversaciones entre nosotras.

Escudriñar el problema de manera formal

Para desarrollar estas ideas me nutro tanto de lo que una gran constelación de otras mujeres luchadoras y feministas han expresado y repasado a partir de su práctica de amistad política, como del repaso crítico de diversos momentos vitales propios que condensan intensos y contradictorios significados. Es decir, en las siguientes páginas me desplazaré tan fluidamente como lo logre, desde un esquema de intelección formal sobre las dificultades experimentadas en el sostenimiento de la amistad entre mujeres, hacia la conversación con lo dicho y sabido por otras, para volver nuevamente sobre las experiencias propias con afán de organizar y significar tales experiencias con mayor precisión.

En un esquema formal es siempre útil tener a la vista los principios implícitos —esto es, los supuestos generalmente no dichos— que organizan el pensamiento y dan orden a los argumentos. Partiré entonces de tres afirmaciones que se sostienen en argumentos presentados con anterioridad, tanto en la primera carta como en algunos trabajos previos.

Primera afirmación.

La práctica de la relación entre diversas que genera y nutre la amistad política entre mujeres hace brotar pautas organizativas y modos de enlace distintos a los instituidos en el marco del orden material y simbólico patriarcal, en tanto la amistad política entre mujeres confronta las separaciones entre las propias mujeres que constituyen la base más íntima de la estructuración patriarcal del mundo, que se ensambla, en la historia, con las dimensiones coloniales y capitalistas que también lo organizan.

En otros trabajos he abordado la práctica del *entre mujeres* como el nudo secreto más intenso de la antagonica lucha antipatriarcal que *en su dimensión expansiva* deviene radical lucha anticolonial y anticapitalista. La práctica del entre mujeres es pues una cuestión fundamental en la lucha antipatriarcal. Es su eje estructurante y generador principal, por expresarlo de algún modo. Sin embargo, los múltiples niveles y alcances de la práctica del entre mujeres suelen ser insuficientes si ésta no alcanza a politizarse de manera autónoma. Esto es, si no se *comprende plenamente*, también, el carácter político subversivo, rebelde, potente y sanador de los vínculos que cultivamos entre nosotras. Amplió entonces la comprensión de la amistad política entre mujeres añadiendo a la explicitación de deseos trenzados, la *significación autónoma* de la práctica de la relación que comprende, simboliza y politiza las energías y creaciones que se generan practicando

sistemáticos ejercicios de conversación y enlace entre diversas, siempre concretos y acotados temporalmente en tanto se fundan en *desesidades* recíprocas y jamás idénticas.

El problema acá es que los vínculos y capacidades que se generan desde la práctica —reiterada, sostenida— de la relación entre mujeres producen, siempre, novedad. O al menos, vínculos y capacidades se viven cada vez, singularmente, como creación inédita. Como experiencia original que se asemeja a la exploración de algún “lecho marino” sumergido y desconocido. Por ello es que la práctica de la relación entre mujeres nos resulta, en un comienzo, simultáneamente desconcertante y agradable, esto es, gozosa e inquietante. Desconcierta su novedad y su potencia confunde, *pues revela capacidades inéditas que asustan*, al tiempo que arroja desafíos igualmente complejos. La amistad política entre mujeres se produce, pues, cuando al perseverar en la práctica de la relación y, a través de conversaciones y ensayos que muchas veces se extienden durante años, se comprende y significa la *fuerza de capacidad y fuerza que constituimos unas para otras* al desbordar las mediaciones patriarcales y desmontarlas una a una.

Este segundo paso de la práctica de la relación entre mujeres que politizan su amistad y que consiste *en asumir plenamente la capacidad política que ella genera*, en disfrutar y cuidar la fuerza recíproca que brinda para alcanzar objetivos y deseos; *no es un producto inmediato* de la práctica de la relación. Se necesita entender,

valorar, significar y producir la politización que brota de la práctica de la relación. Comprender y significar la importancia de la relación entre mujeres es un primer paso; comprometerse íntimamente a sostenerla con las demás es lo segundo. Cuando esto pasa, es decir, cuando se organiza y sostiene entre varias y distintas un bucle fértil de co-laboración, de coordinación y conversación que erosiona múltiples planos de mediaciones patriarcales previas, es cuando se abre la dimensión expansiva de la acción recíproca y compartida. Pero todo esto no es fácil de sostener pues ocurre, insisto una vez más, a contracorriente de todo lo existente. Es aquí donde aparece el inmenso problema del conflicto entre nosotras; y su otra cara, el problema del boicot de la relación entre nosotras se presenta hasta donde sé, como silencio, envidia, rivalidad o desconocimiento de la otra. Todos éstos son modos de obstrucción o limitación del despliegue del deseo autónomo, propio y colectivo.

Segunda afirmación.

La práctica sostenida de la relación entre mujeres que se politiza —porque se entiende, se significa autónomamente y se cuida— alcanzando la calidad de amistad política entre distintas suele verse atravesada por toda clase de conflictos y desequilibrios. Los conflictos suelen brotar tanto del contexto en el cual llevamos a cabo la práctica de la relación —contexto jerarquizado patriarcal, heteronormado, colonial y capitalistamente—, como de las maneras como cada una haya aprendido a sortear tal maraña de contradicciones existentes a lo largo de la vida.

El problema pues, no somos nosotras y nuestras relaciones caóticas, intensas, desbordadas, desmedidas y en construcción que oscilan de manera dinámica en busca y ensayo de equilibrios y medidas siempre frágiles. El problema es el capitalismo patriarcal y heteronormado de origen colonial que habitamos y que subvertimos al enlazarnos, adentro del cual y contra el cual hemos aprendido a sobrevivir.

Esta cuestión me parece de vital importancia porque es el inicio de un vuelco simbólico de gran calado que vamos produciendo en común y cuya comprensión de fondo urge que reforcemos: el problema es el mundo que estamos subvirtiendo. El problema que confrontamos es la estructuración patriarcal del mundo, sus odiosas divisiones, separaciones, jerarquizaciones, las lógicas explotadoras y expropiadoras que se imponen a cada una, a las tramas que habitamos y a todas quienes sostenemos la vida en medio de los inmensos esfuerzos que desplegamos para garantizarnos la existencia colectiva y propia. Organizamos el sostenimiento de la vida y practicamos la relación entre nosotras a contracorriente de tal ensamblaje heredado de violencias, expropiaciones e imposibilidades. Por eso es que cultivar con cuidado nuestra amistad política es tan problemático. El problema no somos nosotras, el problema es el mundo que hay que subvertir, su rigidez y crueldad; la dificultad más dura está en el sostenimiento de nuestra colectiva rebelión ante lo que se nos impone a distintas escalas y atravesando momentos distintos de

cada vida singular, en el cansancio que produce hacerlo una y otra vez, en la confusión que nos atrapa cuando parece que lo que hacemos es un trabajo de Sísifo, quien una y otra vez debe arrastrar la pesada piedra hasta arriba de la pendiente sólo para que ésta vuelva a rodar cuesta abajo.

Colocar las cosas de esta manera para comprenderlas es muy reparador y permite la construcción de explicaciones fértiles: el problema es el mundo y el desafío para nosotras es su subversión, su trastocamiento punto a punto para producir su crisis y abrirnos a posibilidades inéditas de regeneración. En ese camino, perseverando en la práctica de la relación entre mujeres seremos capaces de politizar la amistad que cultivemos. Los inmensos problemas entre nosotras, entonces, serán parte del desafío a sortear; no serán la causa de nuestra eventual desagregación e impotencia. Aprender a colocar las dificultades de esa manera es quizá el afán más íntimo de esta carta.

El desplazamiento inicial para la comprensión de los conflictos —inéditos, innumerables, imprevistos y al mismo tiempo esperables y reiterados— que ocurren cuando se practica la amistad entre mujeres que politiza sus vínculos alumbró un camino práctico que he ensayado en innumerables ocasiones: *orienta acerca de cómo y cuándo cultivar cercanía, sobre cómo y cuándo gestionar distancia con las otras y alerta en ocasiones sobre la necesidad de marcar límites*. Cultivar cercanía y gestionar distancia con otras es el modo que he hallado para

perseverar en la práctica de la relación entre mujeres y gestar amistades políticas de largo aliento. Sobre esto volveré más adelante.

Tercera afirmación.

En cada momento singular la tarea más difícil es sostener el deseo propio al tiempo que nos tejemos con otras en relaciones de amistad política. Los conflictos que tensan los deseos propios y los colocan en contradicción con la práctica compartida de relaciones de amistad política no pueden esquivarse. Son conflictos que hay que afrontar autorizándonos a poner límites también entre nosotras.

Esta tercera afirmación condensa las dificultades más hondas del sostenimiento de la amistad política entre mujeres. Es así porque este camino tiene pocos mapas previos a los cuales podamos echar mano. Al practicar la amistad política con otras vamos experimentando la fuerza y la dificultad sin muchos puntos fijos que nos orienten, sobre todo, en relación a los conflictos que brotan en la convivencia creativa que politiza, recrea y reencanta la existencia, que construye autonomía y erosiona o subvierte las más duras aristas patriarcales del mundo. Escudriñar el equilibrio del deseo propio con los deseos de otras a la hora de practicar intensamente la amistad política entre mujeres es el corazón de las páginas siguientes.

Escudriñar y entender desde una misma y cuidando la trama de interdependencia que somos, los conflictos que sorteamos

Ahora sí, después de haber asentado los principios que encuentro imprescindibles para organizar la reflexión sobre la amistad política entre mujeres, como *práctica significada de la relación con otras* y, por tanto, valorada y cuidada más allá de las dificultades que entraña; presentaré, otra vez de manera esquemática, algunos de los rasgos de cómo opera la subversión y alteración de mediaciones patriarcales específicas y situadas —que es el producto más nítido de la amistad política entre mujeres— y las dificultades que todo esto acarrea.

De acuerdo a mi propia experiencia, y dado el carácter concreto de la práctica de la amistad entre mujeres, para significar su politización la pregunta más fértil que he hallado es *¿qué queremos que pase?*; realizada y respondida en cada situación concreta y de acuerdo a distintas dimensiones temporales. Una y otra vez. Esta pregunta tiene dos virtudes: la primera es abrir la posibilidad de imaginar juntas lo que nos proponemos co-crear disponiéndonos a la novedad, acogiendo la dificultad y habilitando el ensayo del cálculo estratégico a partir de los logros alcanzados y de las dificultades sentidas-experimentadas. La segunda es que nos permite establecer *desafíos compartidos*. Responder

colegiadamente a la pregunta ¿qué queremos que pase? puesta en la discusión una y otra vez produce un *desafío común* que nos regula internamente de una manera fértil: *orienta y regula* las capacidades incrementadas que co-producimos a través de la práctica y sostenimiento de la relación entre nosotras porque permite significar comúnmente los problemas compartidos aclarando cómo enfrentarlos. En mi experiencia, éste es uno de los modos más fértiles de trenzar multiplicidad de deseos entre diversas sin homogeneizarlos y, más bien, alentando la contribución —igualmente heterogénea y plural— de la singularidad de cada quien. El desafío elegido-producido-significado, situado y concreto, arma posibilidad de mediación y medida.

Existen por supuesto otras preguntas que también pueden ser fértiles como ¿qué podemos hacer juntas?, ¿qué objetivos compartimos? Ambas tienen similitud con la pregunta sugerida, aunque, en mi experiencia, no son idénticas entre sí. ¿Qué podemos hacer juntas? Nos incita a entender nuestras capacidades y, simultáneamente, nos ancla en algunas de las limitaciones que experimentamos. No nos dispone, inmediatamente, al desplazamiento subjetivo necesario para asumir los desafíos de crear una situación proyectada que nazca a contracorriente de lo dado. ¿Qué objetivos compartimos?, por otro lado, en mi experiencia dificulta el trenzado fluido de deseos y propósitos. Dibuja un plano de coincidencia y acuerdo que privilegia lo racional y general, dejando fuera el excedente que se

genere a través de la práctica de la relación entre diversas. Por contraste, ¿qué queremos que pase? es una pregunta más honda, que nos convoca a explicitar un desafío creativo donde se tejan los deseos y las capacidades de manera fluida, incitando, también, nuestro propio desplazamiento simbólico. Nos auto-autoriza a crear, a decir y a significar lo que estamos haciendo de modo compartido. No nos empuja a anclarnos a lo posible, sino que nos empuja al trastocamiento — aun si parcial— de la situación colectiva e individual, desde la superación de —confrontación con— las inercias y fuerzas que limitan tales posibilidades o fijan determinadas condiciones como inmutables. En fin, no definiendo la pregunta ¿qué queremos que pase? como la única fértil, pero sí la reconozco como una formulación sumamente útil que nos empuja a totalizar la situación que habitamos en un momento dado, incitándonos a la co-creación sostenida —de aquello que querríamos que pase— a través de la explicitación de los propósitos acordados donde se trenzan los deseos de cada quien. Es pues, a mi juicio, una pregunta que abre posibilidades y que nos empuja a desplazarnos de los lugares dados para co-generar fuerza recíproca que impulse los deseos puestos en juego por cada quien. Nos trenza sin homogeneizarnos, otorgándonos lugar en el arreglo en lucha. Nos coloca, además, en una condición que obliga a hacer cálculos estratégicos, es decir, a establecer pasos a seguir, a marcar rutas e incitar nuevos y más hondos desplazamientos simbólicos.

Mi experiencia más intensa, difícil y gozosa de amistad política guiada por la interrogante ¿qué queremos que pase?, ha sido la inmensa acción de bosquejar, organizar y producir, junto a las Mujeres Creando y a una constelación amplia de compañeras que incluía unas monjas mexicanas por aquel entonces en Bolivia, a diversas amigas jóvenes y mayores muy queridas con múltiples capacidades profesionales —abogadas, comunicadoras, etc.—, y a la red amplia de familiares de los presos políticos; la salida de la cárcel de mi persona y de mis entonces compañeros de lucha y de “caso judicial” que habíamos quedado atrapados en un limbo de proceso penal que imponía encierro eterno sin dictar sentencia y nos amenazaba con imponernos la máxima pena posible.

Recordando aquellos eventos busco precisar el modo como en el campo práctico que se habilita cuando ensayamos respuestas a la pregunta “¿qué queremos que pase?”, en cada situación concreta y específica, se generan innumerables conflictos. Esto es lo que abordaré ahora a través de un esquema y muchos recuerdos que se organizan desde los tres principios ya discutidos. Sigo, como pueden ustedes notar, apoyándome en el formalismo argumental a fin de no quedar absorbida por la gigantesca complejidad del asunto a tratar y en la inmensidad de sensaciones y emociones —buenas y malas— vividas en el curso de la acción creativa que se produce cuando hacemos que pase lo que nos propusimos como desafío que da forma

a una *desesidad*. Insisto, corro el riesgo de simplificación excesiva y de no exhaustividad. De todos modos, me arriesgo a ello para expresar lo que me interesa abordar.

Para comenzar presentaré un esquema inicial sobre la dificultad de la amistad política entre mujeres:

A, B, C... cultivan amistad, se coaligan en una situación dada y se vuelven *fuerza de fuerza* una para la otra en muy diversos planos de la vida. Al sostener su amistad erosionan y diluyen aspectos de la instancia particular de pactos patriarcales concatenados —específicos y situados— que configuran el específico sitio y ámbito donde A, B, C... estén colocadas (familia, institución, organización, centro de trabajo, etc.). Si alcanzan a producir de manera conjunta algún desafío compartido a fin de subvertir los límites/cautiverios que las incomodan y agreden, comienzan a practicar la amistad política entre ellas. Además, sosteniendo y politizando su amistad encuentran y generan palabras que median sus experiencias y, por tanto, contribuyen a organizar tales experiencias para cada una de quienes se tejen, permitiendo expresar deseos, formular críticas y amplificar capacidades de hacer juntas. Cuando esto ocurre de modo fluido, A, B, C... amplifican y sostienen el margen de sus deseos individuales y compartidos también en otros planos. Éste, considero, es el esquema básico de la amistad política que sostiene las alianzas entre mujeres distintas y situadas.

La historia de la “salida de la cárcel” o, mejor, de la superación de la condición de reclusión en que algunxs nos encontramos entre 1992 y 1997 en La Paz, Bolivia, es larga, está llena de detalles, aprendizajes, frustraciones y anécdotas y vale la pena, ahora lo sé, escribirla en detalle en algún momento a modo de novela o cuento. Por ahora, recrearé únicamente hilos significativos de ese conjunto inmenso de conversaciones y acciones coordinadas que a varixs nos puso nuevamente en las calles para alumbrar la intensidad de la potencia de la amistad política gestada en esos años, reconociendo su fuerza inmensa y reflexionando sobre mi posterior dificultad para sostenerla.

La amistad política que echamos a andar, inicialmente, un pequeño grupo de presas políticas de la Cárcel de Mujeres de Obrajes en La Paz, Bolivia, con la entonces muy joven agrupación feminista Mujeres Creando comenzó porque nosotras, las presas políticas, las invitamos a visitarnos en el penal que nos encerraba algún domingo durante el segundo semestre de 1994. Habíamos enviado muchas cartas invitando a diversos grupos de izquierda, organizaciones sindicales, autoridades universitarias, periodistas y artistas para que fueran a visitarnos en sucesivos días de visita. Las finalidades que entonces nos movían consistían en *i)* romper el cerco político que el régimen penitenciario nos había impuesto durante los dos primeros años de reclusión; *ii)* hacerles conocer la situación de nuestro proceso penal y pedirles apoyo para la estrategia legal

que por aquel entonces desarrollábamos. El desafío a superar era la reclusión.

Cuatro compañeras de Mujeres Creando llegaron a la visita de aquel domingo antiguo. Hicieron la fila para ingresar al penal, los policías prácticamente les destruyeron el pastel horneado que nos trajeron de regalo y que igualmente comimos con gusto y comenzamos a hablar. Queríamos saberlo todo unas de otras: cómo era que cada quien vivíamos, qué hacíamos cotidianamente, qué nos producía miedo o gozo, cuáles eran nuestras historias familiares, qué pensábamos de tal o cual cuestión coyuntural y, sobre todo, qué deseábamos. Nosotras queríamos salir de la prisión.

Las visitas comenzaron a repetirse y se volvieron periódicas. Sabíamos que cada jueves o domingo recibiríamos a algunas de ellas y comeríamos juntas; sobre todo recibíamos a María Galindo y a Julieta Paredes. Brotó poco a poco un cariño y una complicidad intensa. Comenzamos a discutir la situación y los problemas de nuestro encierro, las amenazas que se cernían sobre nosotrxs y fuimos diagramando, en conversación con ellas, una estrategia de salida. Ellas asumieron con nosotras el desafío de poner fin a nuestro encarcelamiento. Así comenzamos a organizar los problemas que debíamos ir resolviendo para hacer que pasara nuestra libertad judicial. No se trataba entonces de esbozar una estrategia lineal tipo paso 1, paso 2..., sino de abriarnos camino a través de un diseño estratégico que se delineaba al tiempo que se practicaba, pues en

cada momento evaluaba con qué se contaba, qué estaba en contra y qué convenía. Por eso lo que hicimos se parece más a ensayar la disposición colectiva e individual hacia una pragmática orientada —por lo que queríamos que pasara— que a la elaboración de un plan.

Uno de los primeros problemas estratégicos que abordamos para “hacer que pasara” la salida de prisión fue abrir la discusión en torno a la lucha armada —hasta entonces practicada por quienes estábamos presos—, moviéndonos por la difícil línea de la autocrítica digna. Era un problema porque en tanto presos políticos necesitábamos desplazarnos del lugar simbólico asignado a nosotrxs por la policía y el Poder Judicial: el de peligrosos delincuentes; para abrir una discusión con diversos sectores de la sociedad en la que fuéramos capaces de explicar quienes éramos y qué pensábamos. En 1994, los presos políticos ya habíamos comenzado a transitar este camino, sobre un inmenso empuje y trabajo que brotaba desde nosotras, las presas políticas, que éramos quienes organizábamos las iniciativas conjuntas dándonos modos de establecer y sostener la comunicación entre los penales en los que estábamos distribuidos. Por mi parte, había escrito un libro sobre la crisis económica de entonces —indagando en la caída tendencial de la tasa de ganancia con el material que podía allegarme en la cárcel— y habíamos producido, también, un conjunto de folletos seriados que contenían poesía y discusiones coyunturales. Publicamos y distribuimos, además, a lo largo del 94

los materiales producidos por los zapatistas que nos llegaban hasta el Penal de Mujeres y lograban pasar la censura. Sin embargo, en las conversaciones semanales con las Mujeres Creando descubríamos que había que ampliar y expandir ese camino, discutiendo entre nosotrxs y públicamente los asuntos más problemáticos de nuestras estrategias de lucha anteriores.

Escribí entonces, en diálogo duro con María y Julieta —a quienes siempre sentí como parteras de mis reflexiones más difíciles— y dialogando tensamente con mis compañeras de encierro, la primera edición del ¡A desordenar! Por una historia abierta *de la lucha social*.⁸ Después imaginamos, organizamos y llevamos a cabo una potente presentación de ese trabajo: en el paraninfo de la universidad pública de La Paz y contando, entre otras, con la presencia del rector, de dirigentes sindicales, de cientos de estudiantes y familiares de personas presas. Era septiembre de 1995. Ésa fue mi primera “salida judicial” de la cárcel a una actividad pública, con escoltas policiales y manillas durante el trayecto, en la que, también, pude experimentar la fuerza de mi voz que comenzaba a liberarse al expresar públicamente mis ideas. Reflexionaba y criticaba; denunciaba, aprendía

⁸ La primera edición de aquel trabajo, en 1995 llevaba por título *Entre hermanos. Porque queremos seguir siendo rebeldes es necesaria la subversión de la subversión*. El título “Entre hermanos” —enunciado en masculino— se relacionaba con el anhelo intenso de poder abrir discusiones de fondo hacia adentro de la organización a la que todavía sentía pertenecer.

y proponía. Los vínculos con ellas me sostenían, me arropaban y ampliaban inmensamente mis capacidades: una mujer presa, joven, acusada de alzamiento armado y terrorismo, era llevada al corazón de la universidad a exponer públicamente sus ideas críticas sobre diversas prácticas de izquierda recientemente publicadas. ¡Era tremendamente intenso! Habíamos cuidado cada punto y cada detalle de aquel momento. María me había prestado un saco y una chalina muy vistosa para verme simultáneamente formal y arreglada.

Sin embargo, en aquellos momentos también dudaba y temía. Permití que un compañero “se colara” en mi libro;⁹ lo cual irritó bastante a las hermanas de Mujeres Creando. Pese a ello, respetaron mi decisión. Me daba muchísimo miedo el abismo de autonomía simbólica al que María y Julieta me convocaban. Sí, quería y podía hablar con voz propia y enunciar mis pensamientos y críticas con rigurosidad; pero eso no conjuraba un miedo hondo que me hacía saber que estaba traspasando límites de los pactos patriarcales en los cuales había desarrollado hasta entonces mis actividades políticas y mi vida familiar. Ese miedo me empujó a aceptar que este “compañero”, de manera

⁹ En aquella primera edición se incluyó, después de mi trabajo, la reflexión crítica del por aquel entonces militante trotskista Jaime Iturri. Su compañera, Melvy Avendaño, fue uno de mis principales sostenes vitales durante la vida en prisión. No está de más decir que la “solicitud” de Iturri de incluir su trabajo crítico con el mío me causó una inmensa incomodidad, pese a que terminé cediendo a su petición.

bastante oportunista, tejiera sus palabras con las mías. Fue miedo y fue, en parte, también cálculo: si entraba al libro con sus propias críticas a la izquierda, también ponía dinero y él y su compañera hacían una parte del trabajo que exigió toda la actividad de editar, publicar y presentar un libro organizando todas esas tareas desde un penal.



Se fortaleció la amistad política que practicábamos y otras compañeras distintas se integraron a las recurrentes comidas de los jueves o domingos. Entre otras, las queridísimas monjas mexicanas, Caro y Meche, Carmelitas del Sagrado Corazón que atendían, por entonces, un hogar de niñas donde habitaban muchas de las hijas de las mujeres presas. También un conjunto de mujeres jóvenes y mayores de diversas profesiones que sin duda disfrutaban y se nutrían de la fuerza de lo que cada semana se fraguaba en Obrajes. Mientras ocurrían estos sucesos, yo no alcanzaba a entender plenamente el significado profundo de todo lo que estaba pasando. No alcanzaba a vislumbrar ni a significar el tamaño del desafío al conjunto de pactos patriarcales concatenados que se iba gestando cada jueves en los almuerzos de la cárcel de Obrajes. Las monjas, Meche y Caro, quizá lo entendían mejor que yo: a ellas el obispo y la curia comenzaron a reclamarles por exhibirse públicamente con un par de escandalosas lesbianas, defendiendo a una “terrorista” sólo porque era

su compatriota. Por mi parte, yo lo entendía, pero no en su radical profundidad. Se vino sobre mí, pronto, la ola del disciplinamiento patriarcal de izquierda: algunos me insultaban públicamente acusándome de “desertora” (quizá el insulto que más me ha dolido en la vida), otros iban a visitar a mi por entonces compañero, para pedirle que me “controlara”: que hiciera que dejara de hablar y de discutir asuntos “internos” de las organizaciones.

De más está decir que no pudieron ni controlarnos ni callarnos. Pero sí pudieron asustarnos y complicarnos bastante la existencia. Para las monjas, por ejemplo, la amistad política con nosotras —feministas lesbianas y presas políticas— tuvo efectos duros y difíciles que ellas no compartieron completamente con nosotras. Sólo nos dábamos cuenta de que las presionaban y las atacaban; ellas aguantaban y aun así se mantuvieron hasta el final, con costos muy altos posteriormente, apoyando los esfuerzos desplegados en común. Para mí, sostener y profundizar la amistad política con las Mujeres Creando y con otra muy diversa constelación de compañeras fue sumamente intenso, a veces difícil e inmensamente fértil.

La libertad judicial para mí en abril de 1997 —y seis semanas después para los otros seis compañerxs que quedaban en prisión—, que obligamos al poder judicial a admitir, fue el fruto más precioso de aquellos inmensos esfuerzos de vinculación, reflexión, esclarecimiento de los deseos y conversión de éstos en desafíos, diseño de pasos estratégicos y puesta en práctica de todo lo

acordado. Produjimos, como entonces lo expresaba Julieta Paredes, una “coreografía de lucha”, paso a paso, donde a veces algunas eran solistas y otras eran coro o acompañamiento, para después variar; situación que giraba vertiginosamente sumando y organizando la capacidad de lucha alcanzada cuando otrxs se iban incorporando. La capacidad crítica se incrementaba y expandía. Así practicamos durante aquellos años una inédita combinación de disputa judicial prolongada, de producción acelerada de sentido crítico que nos desplazó en la opinión pública del abominable lugar asignado de “terroristas-afortunadamente-presos” a dignos, lúcidos y consecuentes “rehenes de la arbitrariedad judicial” con posturas políticas radicales, de acciones incesantes de apoyo mutuo y sostenimiento recíproco en planos diversos de la vida: amistad política entre mujeres en lucha desplegada, desafíos incesantes para hacer que pasara lo que deseábamos.



Todo ocurriendo en medio de una gigante cantidad de conflictos sucesivos y algunos recurrentes. Navegando una y otra vez malos entendidos, enojos, repliegues, incomodidades y miedos. A veces todo junto. Tiempo sumamente exigente y cansado; “de frenesí”, le llamó una de mis hermanas.

Ahora puedo volver, de manera formal, al tema de las inmensas dificultades para el sostenimiento de

la amistad entre distintas, analizando las que alcanzo a distinguir:

La más inmediata consiste, ya lo mencioné, en el “efecto *boomerang*” desde los pactos patriarcales puestos en crisis: en tanto la amistad de A, B, C... erosiona la solidez y dificulta la permanencia de la instancia del pacto patriarcal en el cual estén insertas quienes se alían, pues libera la voz y detona la acción política autónoma; la reacción de miembros del pacto contra la amistad cultivada será inmensa, agresiva y siempre inédita: buscará romper la alianza generada a través de la amistad sostenida y politizada entre A, B, C... Lo hará mediante la amenaza, el castigo, el boicot o quizá a través de la seducción.

La acción de aliarse unas con otras para fines específicos que sostengan el deseo de cada una trenzado en el desafío asumido y compartido es siempre situada y concreta. En la experiencia que he narrado parece que sólo unas hacían por otras: ellas —feministas, monjas, profesionistas y familias— hacían por y para otras, para nosotras, las presas políticas; y por mediación nuestra, para todxs lxs presxs políticxs. Sin embargo, esto no es plenamente así en tanto habíamos producido un desafío compartido que, simultáneamente, exigía y nutría a cada quien. Con nuestra lucha tenaz de presas políticas y, sobre todo, esforzándonos por sostener la alianza política lograda y mediando en ella, abríamos posibilidades para que cada quien desplegara y nutriera,

al mismo tiempo, sus intenciones y deseos. Al convertir conjuntamente el problema —específico de algunas— de la reclusión indefinida en un desafío general al poder judicial, al orden legal y a sus arreglos patriarcales, proliferaban las posibilidades de que otras se sumaran a las acciones desde múltiples flancos, nutriendo la alianza con otras capacidades. Lo que generamos fue una *fuerza común* que alimentaba y ampliaba posibilidades para cada quien, produciendo un patrón de reciprocidad complicado y virtuoso, que desbordaba incluso el desafío explícito, amplificando las intenciones trenzadas —los fines y deseos— puestos en juego. Esa energía permitía sostener el acuerpamiento. Cada una nos hacíamos más fuertes en la alianza, éramos más capaces a través de ella. Y todo esto sucediendo en medio de muchísimos conflictos y tensiones. Resultaba sumamente difícil entender y dotar de medida a lo que se iba generando.

La situación entonces se presentaba en formatos bastante inéditos, pues las presas manteníamos relaciones de pertenencia con nuestras organizaciones, pero estábamos físicamente separadas de los varones, dado el encarcelamiento segmentado por sexo-género. Además, en tanto prisioneras, manteníamos y cultivábamos también relaciones con otras mujeres detenidas por distintos casos que también estaban dispuestas a dar la pelea para obtener su propia libertad. Entonces, nosotras fuimos capaces de cultivar y sostener múltiples vínculos con muy diversas, que se enlazaron

con nosotras para producir nuestra libertad judicial y la de ellos, al tiempo que cada una aprendía, crecía y se nutría de las demás. Éramos fuente de fuerza común en marcha, éramos trama de sentido y de vínculo multidimensional. Cuando todo aquello sucedía yo no tenía modo de entenderlo, sencillamente lo sostenía.

Distinguía y sentía profundamente, sin embargo, la fértil e interesante inteligencia común que diagramaba colectivamente de manera autónoma la estrategia a seguir para trastocar y subvertir la situación concreta de nuestra reclusión compartida; en muchas ocasiones en contradicción fuerte con lo que opinaban y hacían los compañeros a quienes les costaba tanto reconocer la autoridad femenina/feminista que íbamos logrando a través de nuestra alianza múltiple y de la práctica reiterada —en las comidas de los “jueves de visita”— de la amistad política entre nosotras. Esto generó fisuras también en el colectivo pequeño de presas políticas que sostenía esas actividades: malestares, enojos, distancia, incomprensión profunda, algunas veces alternada con sintonía efímera y potente.

Costaba trabajo y daba miedo enfrentar, simultáneamente, las críticas y malestares de los compañeros de reclusión —y sobre todo su desconfianza e inquietud manifestada a través de acciones de boicot a nuestra estrategia— y la maquinaria desalmada del poder judicial y el régimen penitenciario que tiene a su disposición tantísimos mecanismos de amenaza y castigo. Cada quien vivíamos esta contraofensiva patriarcal en

distintos planos y bajo distintos formatos; sin embargo, se volvió tan intensa la confianza entre nosotras, en la capacidad que juntas éramos capaces de desplegar, que muchos de tales empeños de disciplinamiento y control se volvieron estériles, aunque a la larga pasaron durísimas facturas.

También costaba mucho trabajo estabilizar la alianza diversa alcanzada en Obrajes porque su heterogeneidad y complejidad interna era inmensa. Yo aprendí en esa situación a ser puente entre distintas, lo que es simultáneamente fértil y agotador; pudiendo llegar a ser autodestructivo. Parafraseando a Kate Rushin:¹⁰ explicaba a los familiares de los presos lo que querían las feministas, les informaba a las Mujeres Creando sobre las dudas y opiniones de las mujeres de las familias de los presos y de los desacuerdos, dudas y malestares que éstos introducían en el debate. Equilibraba tanto como podía las relaciones, muchas veces tensas, entre Julieta y María y las demás amigas profesionistas que contribuían y empujaban tanto la producción de sentido común disidente en relación a la (in)justicia de la prolongación de nuestra reclusión; me esforzaba por estabilizar el acuerpamiento en lucha que cada jueves pensaba

¹⁰ “El poema de la puente” de Kate Rushin abre —además de darle título— el libro compilado por Cherríe Moraga y Ana Castillo —mencionado en la nota 3—. El poema es una potente alusión a la centralidad de la mediación femenina/feminista para sostener las luchas, expresa las dificultades y el cansancio que eso conlleva, así como las inmensas dificultades para no perderse a una misma en la construcción de mediaciones y explicaciones.

colectivamente la situación y diagramaba los pasos a seguir. Me afanaba por explicarles todo lo anterior a los compañeros —a través de cartas que, además, debían pasar censura— para que no boicotearan nuestra coreografía. Mediaba todo el tiempo. Mediaba y buscaba palabras para construir tantísimas explicaciones simultáneas y sobrepuestas. Me topaba con dificultades inmensas empeñándome en no paralizarme. Como dice Kate Rushin: estaba harta. Ella añade: “[Estoy] enferma de ver y tocar ambos lados de las cosas. Enferma de ser la condenada puente de todos”. Y aguantaba y no me detenía. La libertad judicial se me jugaba en ello.

Aprendí en esos larguísimos y densos meses de 1996 y 1997 que los ataques patriarcales son, con frecuencia, más sencillos de identificar y desarmar que las dificultades fundadas en sostener alianzas entre mujeres tan diversas. Tuve una posición —estructural— “privilegiada” en tal alianza, si puede llamarse así al hecho de que era yo, con lxs otrxs, quien estaba presa. A mí era a quien se le jugaba la posibilidad de romper la reclusión impuesta a través de la puesta en juego de todas mis capacidades —emocionales, racionales, afectivas, argumentales, etc.— para equilibrar y sostener la alianza generada tendiendo puentes y traduciendo significados entre sus distintas partes.

Las dificultades de aprender a mediar entre nosotras, a fin de producir y cuidar la fuerza compartida; y de ejercitar una y otra vez la práctica de la relación me permitió entender otros dos grandes bloques de

problemas. Llamo a uno la ausencia de medida y al otro, el “susto” y la confusión.

El problema de la ausencia de medida consiste en que a pesar de que A, B, C... sean distintas, para sostener una alianza de todos modos han de encontrar una medida para equilibrar tales diferencias e inventar trayectos y mecanismos para erosionar las jerarquías y distancias que las separen y distingan. Habrán de hacerlo sin perderse a sí mismas, sin fantasía de homogeneidad. Esto no es sencillo porque no existe una medida dada, ni fija ni propia. Quienes se impliquen en la alianza practicando la amistad política entre mujeres tendrán que producir tal medida a la hora de sostener la relación conjunta. Los deseos puestos en juego al tejerse también serán heterogéneos y es necesario trenzarlos sin asfixia de otras posibilidades colectivas e individuales. Entiendo que tal cosa se logra produciendo *un desafío compartido* que comienza con la acción de nombrar el problema o situación a resolver a partir de una misma, junto a la disposición a diagramar un camino común *en relación a tal desafío*.

Por eso es tan importante, para navegar problemas y conflictos, no entrar a la pantanosa discusión sobre cómo “son” las demás, sino esclarecer nítidamente, tantas veces como sea necesario, *qué es lo que se está haciendo en común, cómo se está asumiendo el desafío ya organizado*; perfilando cada vez más claramente los deseos puestos en juego, que iluminan el sitio al que se puede siempre regresar para entender y medir la diversidad de afanes puestos

en juego por cada quien. Se trata de que cada una *encuentre lugar* en el armado que se teje y reconozca la fuerza común que genera en él, nutriéndola y no boicoteándola ni apropiándose de ella para fines que dificulten o debiliten la alianza alcanzada.

Es pues ahí, en y a través de las acciones enlazadas de trastocamiento y subversión de lo dado, que se puede producir una medida específica para el acuerpamiento situado y en marcha. Para hallar y producir la medida necesaria se requiere comprender con claridad el desafío que se encara en común. Pero es también ahí, al trenzar deseos, intenciones y acciones, donde brotan toda clase de conflictos y tensiones. Decir una y otra vez *qué estamos haciendo juntas para conectarnos con lo que queremos que pase significándolo como desafío compartido* habilita a sostener la acción conjunta y en marcha, permitiendo gestionar las distancias requeridas entre distintas sin renunciar a cultivar la cercanía de todos modos necesaria para sostener la alianza. La medida entre nosotras brota pues, en mi experiencia, de la claridad para enunciar lo que nos hemos propuesto como hacer compartido, comprendiendo la magnitud del desafío a superar y los pasos que damos para ello: ahí se reconoce la contribución —igualmente distinta y valiosa— de cada quien.

Sin embargo, al producir la medida de equilibrio de la relación entre distintas que se proponen que algo pase es imprescindible, simultáneamente, tanto *comprender las*

circunstancias —de entrada, no elegidas— *en las que cada quien se halla situada* (pues tal situación introduce y tensa las relaciones con distancias, desigualdades y jerarquías); *como reconocer los esfuerzos hechos por cada quien para erosionar tales distancias, disminuir tales desigualdades y desarmar tales jerarquías*. Lo uno por lo otro y viceversa. Hacer todo esto simultáneamente no es trivial bajo ningún punto de vista. Más aún, es muy cansado, aunque los resultados suelen ser altamente satisfactorios. El problema más hondo en aquella historia que recuerdo ahora fue el inmenso “susto” que me atrapó —y he visto atrapar a algunas— cuando se siente intensamente la colectiva energía y capacidad desplegada en común.

La dificultad de digerir el susto y esclarecer la confusión —que generan los logros alcanzados— es quizá la más honda dificultad para la amistad política entre mujeres. Consiste en que, en tanto A, B, C... se hacen más fuertes a través de su alianza —que amplifica, además, las posibilidades de acción individual de cada una—, A o B o C... “se asustan de”/“se confunden con” la capacidad alcanzada en común. Eso las separa de la creación o logro común. Se admite la mediación de la estructuración patriarcal del mundo entre una(s) y los logros y creaciones alcanzados.

Comienzan a producirse entonces, por lo general, acciones sutiles y/o explícitas de desconocimiento de la fuerza conjunta. O, más bien, se desconoce que es la alianza sostenida la *fuerza de fuerza recíproca y común que nos capacita para nuevos desafíos*. A partir de

tal acción de negación, en vez de gestos y prácticas de cuidado de la alianza alcanzada, aparecen rivalidades, envidias y específicas acciones de desconocimiento de la autoridad y capacidad de la(s) otra(s). Es entonces cuando la alianza lograda y la amistad política cultivada pierden su capacidad expansiva.

En la experiencia vivida he atravesado momentos así, que han sido sumamente dolorosos. Cuando a finales de abril de 1997 finalmente logré salir de prisión tras momentos simultáneamente durísimos y mágicos en su fuerza desplegada que desbordaron la arbitrariedad y la sordera judicial-policial; pusimos en marcha el “segundo movimiento” de la coreografía diseñada que consistía en sostener la presión sobre la Corte Judicial del Distrito de La Paz, alegando el principio de igualdad ante la ley y obligándola a expedir mandamientos de libertad para lxs seis compañerxs que todavía estaban reclusos. Seis semanas después, como segundo fruto de todas estas acciones dejaron la cárcel, entre otros, Álvaro García Linera y Felipe Quispe.

Sin embargo, a lo largo del segundo semestre del 97, ya estando libre de transitar las calles de La Paz, el cansancio y el susto por el logro alcanzado fue tan grande, que no tuve capacidad entonces de significar desde mí misma lo que había ocurrido. Sencillamente no lo entendía, los recuerdos inmediatos desbordaban mi comprensión de los sucesos y tampoco sabía cómo volver a relanzar mis deseos con otras en la nueva

situación. Sabía, porque había aprendido sobre la marcha muchísimas cosas, pero no sabía que las sabía. No completaba el bucle autorreflexivo que aclara y organiza la experiencia. No me animé a indagar en aquello que sabía ensayándolo otra vez de manera inmediata. Me replegué hacia lo conocido: la pareja heterosexual, la familia y el trabajo político en organizaciones mixtas. La autonomía simbólica, además de política, que había alcanzado a través de la alianza con otras, mediante la práctica exigente de la amistad política entre mujeres que convierte deseos e intenciones en desafíos a lo existente me asustaba profundamente. Se me presentaba como inmanejable, imprevisible. Carecía de medida para entenderla y eso me llevaba a creer que no tenía energía vital suficiente para sostenerla.

Sin embargo, esa capacidad y esa energía *efectivamente existían y reverberaban en mí*, estaba ahí el conocimiento hondo de la fuerza que brota de la conjugada capacidad deseante que se yergue desafiante, ávida de abrir nuevos bucles de lucha. De todos modos, elegí situarme, durante algunos pocos años más, al interior de específicas instancias organizativas patriarcalmente estructuradas que a la larga me drenaron hasta casi perder la vida. En tanto lo conozco bien, sé que el “susto” y la confusión que acarrea es la primera de las dificultades que me propongo expresar de manera formal.

Cuando a través de la práctica de la relación entre mujeres que cultivan su amistad política, singularmente se

experimenta la capacidad incrementada que brota de la fuente de fuerza común y recíproca que constituye el hacer juntas que algo pase desafiando algún *cative-rio*; esa mayor energía vital permite a cada una situarse singularmente en mejores condiciones al interior del pacto patriarcal situado que todavía la contenga. Tal cosa genera confusión. Si a una la seduce la nueva condición alcanzada al interior del pacto patriarcal, no se alcanzará a entender de modo inmediato que plegarse a él debilita la alianza política entre mujeres, que es finalmente la fuente de fuerza de cada una y de todas. Se desconocerá entonces que es la amistad y alianza política entre mujeres la que debilita el pacto, no la capacidad de alguna de ellas singularmente.

Si una emprende el repliegue, es muy probable que vuelva a quedar colocada en alguna versión del lugar de “hermana predilecta” al interior de alguna instancia del pacto patriarcal, tal como ha explicado Carla Lonzi con gran lucidez.

Este conjunto de sucesos que por lo general ocurre rápido y de manera incomprensible tiene el efecto consiguiente de volver a nublar los deseos propios que se ponen en juego en alianza con otras. El desconocimiento de que la *fuerza común* capaz de sostener el deseo conjunto y el propio es la alianza sostenida por la práctica de la amistad política con otras, empañará la comprensión de lo que sucede reinstalándonos —casi obligadamente— en juegos de reconocimiento patriarcales que atraparán nuestro

deseo en bucles inciertos de drenaje y expropiación vital.

Si se desconoce que la fuente de fuerza común capaz de encarar desafíos organizados como deseos conjugados está en la alianza política entre mujeres; ésta última se debilita, a veces hasta romperse. En otras ocasiones, es sólo cuestión de perseverar —acotando— la práctica de la relación entendiendo que, temporalmente, los desafíos a sortear requieren ser más estrechos y menos problemáticos. Lo más duro es que cuando no se sabe ya cómo continuar sosteniendo la amistad política con otras, casi siempre nos hallamos atrapadas en medio de marañas de sensaciones y emociones que son difíciles de ordenar y que resultan casi imposibles de expresar a través de palabras. No se entiende lo que sucede y duele. Cuesta muchísima energía vital ordenar y significar la experiencia singular, cuando se atraviesa la situación de estar atrapada por el susto y la confusión en medio del vértigo que produce tocar la autonomía simbólica que nos habilita a sostener decisiones y acciones conjugadas y en despliegue que desafían y subvierten el orden dado. A veces, en tales condiciones se obtura la comunicación mediante un muro de silencio o se ejercen acciones de agresión recíproca, en tanto no es fácil ni admitir ni expresar, ni ante una misma ni ante la(s) otra(s), que una no entiende lo que pasa y que ha elegido reinsertarse, casi siempre temporalmente, en alguna versión del pacto patriarcal. Cuesta muchísimo admitir que, a veces,

una está cansada de pelear o no sabe inmediatamente cómo hacerlo.

Un ejemplo muy inmediato y comprensible de este argumento formal —en el ámbito de la amistad entre mujeres que no logra politizarse al significarse y proponerse encarar desafíos conjuntos— es la trillada historia que describe cómo la amistad adolescente entre mujeres se trastoca —y con frecuencia se rompe— cuando una de las amigas privilegia el cultivo del vínculo erótico con un varón, antes que la continuidad y sostenimiento de la relación con la otra, con la amiga. Hay, sin embargo, una inmensa cantidad de ejemplos de situaciones similares o análogas que se repiten una y otra vez, bajo distintas variantes, a lo largo de la vida. Esta situación suele vivirse singularmente como un trágico acto de desvalorización de lo aportado por quien es “abandonada” por la amiga que “lo prefirió a él”. La sencillez del ejemplo exhibe la dificultad omnipresente de la mediación patriarcal entre nosotras que nos separa también de nuestras creaciones conjuntas y a la cual una y otra vez hay que desafiar y erosionar para politizar nuestra amistad y sostenerla. Sin reducir a ello las dificultades, ni abarcar el conjunto de complejas maneras en que esto se reitera a lo largo de la vida, vale la pena no olvidarlo; porque algo así suele pasar, otra vez, de formas siempre inéditas, inesperadas y a diversas escalas.

Hay otra clase de confusiones y conflictos, todavía más hondos, que brotan igualmente del

desconocimiento de la fuente de fuerza que generamos a través de la práctica sostenida de la amistad política; la cual es capaz de encarar desafíos donde se trenzan deseos y propósitos. Esta conflictiva profundidad ocurre cuando en conjunto no logramos organizar a través de las palabras una coreografía fértil que nos contenga a quienes hasta entonces se han aliado, dotando de lugar a cada quien en la trama generada que “hace que pasen” los contenidos de los acuerdos alcanzados. Esta situación, que suele ocurrir de manera desgarrada y confusa introduce en la alianza alcanzada, otra vez, emociones destructivas como envidia, enojo, culpa, vergüenza y miedo.

Si bien al bucear en estas profundidades de la amistad política entre mujeres es mucho lo que sigo sin ser capaz de entender; enumeraré los hilos que conozco mejor. Insisto, de todos modos, en la importancia de tener bien presentes la segunda y tercera afirmación discutidas al comienzo de esta carta acerca de la dificultad de sostener el deseo propio trenzándolo con los deseos que se ponen en juego con otras —que toma la forma de un desafío acordado y compartido—; y, jamás olvidar, el hecho básico de que cuando producimos alianza y practicamos la amistad política vamos a contrapelo del mundo, de su estructura y sus sentidos. Por eso es todo tan difícil.

Partiré de la dificultad de trenzar el deseo propio con los deseos de las amigas con quienes se practica la relación política con fines explícitos. ¡Somos tantas y

tan distintas, heterogéneas y diversas! En la experiencia que he ido recordando y analizando en esta carta, la de la insólita alianza política entre distintas para lograr la salida de prisión de algunxs presxs políticos, los deseos se pusieron en juego a través del desafío, inmediato y claro, al régimen carcelario y judicial. Se trataba de romper la reclusión indefinida que soportaban algunas. Nos propusimos en conjunto, pues, alcanzar un fin concreto —problema/deseo/necesidad convertido en desafío— que regulaba los términos del acuerpamiento generado más allá de las hondas diferencias que ya he descrito. Exitosa alianza política entre distintas fundada en la práctica reiterada de la *relación sin fin* entre mujeres que abarcaba diversas dimensiones de la existencia, regulándose conflictivamente a través del propósito explícito que se propuso alcanzar. El éxito en el propósito deseado fue el límite de *esa* alianza alcanzada. Paradoja y sentido alterado del tiempo. La apertura del tiempo producida a través de la práctica de la *relación sin fin* que se propuso objetivos concretos y que alcanzó a mantenerse y perseverar hasta lograrlos, no halló manera *inmediata* de volver a tejerse disponiéndose a inventar la producción de renovados propósitos compartidos. No pudo producir y expresar nuevos desafíos. No alcanzó a generar de manera inmediata bucles de amistad política entre nosotras que nos contuvieran a todas. La fuerza se desparramó, no se disolvió ni evaporó. Comprender esto exige conocer de mejor manera los ciclos múltiples del tiempo —y la mujer madura tiene más experiencia en relación a este problema—.

Es decir, desde cierta perspectiva, lo que se mira es que una vez conseguido el propósito inicial de la alianza política entre mujeres que he contado, ella y su inmensa fuerza parecieron evaporarse. Tal cosa es apariencia, ilusión óptica producida por el no reconocimiento de otros tiempos y ciclos vitales habitados por cada quien. Es distorsión inducida mediante la inmensa presión de ser obligadas a vivir en los tiempos lineales y homogéneos del capital y del Estado, en donde no sólo cada instante vital es igual a cualquier otro —lo cual es claramente falso—, sino que se pretende que en esa misma temporalidad —lineal, homogénea y vacía— es donde se sostienen los deseos y se regenera la energía. Rasgando la apariencia aprendemos que la amistad política entre nosotras y su fuerza inmensa desplegada en común no se evaporó, aunque tampoco fue capaz de producir un nuevo desafío conjunto de manera inmediata. Toda la energía, más bien, cambió de forma, regenerándose los vínculos de manera difusa en ocasiones y configurándose nuevos acuerpamientos. No logramos, eso sí, en aquella ocasión ni producir un nuevo propósito común, concreto y explícito, que alcanzara a regular las diferencias y desequilibrios al interior de la alianza; ni a sostener el acuerpamiento anteriormente logrado. Por lo mismo, no logramos, *de manera inmediata*, detonar otros bucles *sin fin* que la amistad política entre mujeres, a lo largo de tiempos más largos, logra efectivamente sostener a través de renovadas creaciones y alianzas expansivas.

Presentar todos estos argumentos a mí me ha tomado, pueden hacer la cuenta, casi un cuarto de siglo. Así de difícil ha sido organizar mi propia experiencia, ensayando una y otra vez alianzas y creaciones nuevas, siempre nutriéndome del recuerdo de la inmensa fuerza experimentada en el 97, y de la amarga cadena de imposibilidades que se me presentó como límite en medio de los pactos patriarcales que durante algunos años decidí nutrir —aunque nunca dejé de subvertir— a través de nuevas alianzas con otras compañeras.

El conocimiento que ahora puedo compartir, entregándolo como potente talismán, cuando ustedes hagan el ejercicio de repasar sus propios momentos gozosos, creativos y potentes; es que corremos con frecuencia el riesgo de ordenar las experiencias vividas, analizándolas a partir de la falta y la falla: ¿qué faltó a lo que hicimos y logramos juntas? ¿Qué falló en lo que hicimos?

Tal perspectiva paraliza el pensamiento, confunde la emoción y suele bloquear la capacidad expresiva. Por eso hacia allá nos empuja siempre el orden instituido: hacia la falta y el defecto. Es mucho más fértil repasar lo hecho y logrado con el propósito claro de alumbrar la rigidez y plasticidad del ensamblaje patriarcal, capitalista y colonial que nos limita y atraviesa. Así no nos explicamos las dificultades que atravesamos desde nuestras carencias y límites —que sin duda existen— sino que repasamos la experiencia asumiendo y entendiendo la dureza del mundo. Esta perspectiva nos

convoca a conocer cada vez mejor lo que hay que alterar *sin desconectarnos de la fuerza que somos capaces de generar y desplegar para subvertirlo* desde sus niveles más básicos. No dudar pues de nuestra propia potencia puesta en juego, como señala Verónica Gago; sino saber que el camino de cambiarlo todo es multiforme, heterogéneo y largo. Confiar en que el tiempo que abrimos a través de la práctica de la amistad política entre diversas que consigue propósitos genera energías vitales que dibujan diseños imprevistos: energías que arman ciclos que a su vez producen bucles donde se vuelven a relanzar deseos trenzados de alcance diverso; energías que otras veces se desparraman y parecen disolverse sólo para brotar renovadas posteriormente. Surfear los desafíos que la trama situada de mujeres que practican la amistad política se propone en un momento dado. De esta manera entiendo la verdad que se sintetiza en la formulación: “goza la trama, surfea el drama”, como indica la canción de Tremenda Jauría.

La importancia de reflexionar sobre y aprender de lo que sí hemos logrado, de lo que hemos alcanzado a partir de la práctica de la relación de amistad política entre nosotras es inmensa. Desconocer lo creado y sostenido es un error. Desde ahí aprendemos que la fuerza que se genera en común a través de la amistad política entre diversas que se practica y se sostiene es energía que nutre deseos y que nos permite afrontar necesidades cuando encara desafíos y los alcanza. A veces brota desde planos personales e íntimos

proyectándose desde ahí hacia el ámbito público; a veces se produce en tal espacio público desbordándose hacia lo personal y supuestamente “privado”; es energía que revuelve y conecta lo que se presenta como asunto separado y ajeno; politiza la existencia, al significarse autónomamente, de una manera muy distinta a lo conocido y prescrito en el orden patriarcal de explotación capitalista y colonial.

Para concluir... sólo vuelvo a recordar cómo a través de la práctica de la relación entre mujeres somos capaces de crear muy diversas instancias de sostén recíproco y de lucha (espacios de soporte recíproco inmediato, nichos al interior del mundo instituido, colectivas y acuerpamientos capaces de sostener luchas potentes, casas donde se impulsan y desarrollan todo tipo de proyectos, etc.). En esta multiplicidad de creaciones se va generando fuerza y autoridad femenina-feminista que por lo general están cercadas en el mar de las relaciones patriarcales plenamente funcionales al capitalismo colonial. Por eso estos ensayos y experiencias son siempre tan atacadas y es tan difícil sostenerlas. Y por eso mismo vale la pena volver a desplegarlas una y otra vez.

Hasta donde sé, además, la dificultad de simbolizar tales relaciones entre mujeres y tales creaciones como relaciones políticas y de lucha, y no sólo como acciones de “sostén inmediato” —encuadradas entonces dentro del ámbito definido como privado desde el punto de vista del orden patriarcal— que amputa su

dimensión política, es uno de los mayores problemas que encaramos para comprender nuestras propias creaciones, multisecularmente expropiadas y designadas exteriormente.

Quizá desde esa perspectiva podamos ser menos exigentes y duras con nosotras mismas y con las demás cuando atravesemos los conflictos que volverán a brotar en los sucesivos y recurrentes ensayos de amistad política entre nosotras. Se trata de gozar más la creación propia, de ser más capaces para autodefendernos, de mantenernos centradas en lo que deseamos y construimos en común cuando sostenemos la amistad política con otras. Eso es lo que yo quiero seguir haciendo, combinando una y otra vez esfuerzo y gozo.

Las abrazo mucho y confío en que esta carta haga sentido y aliente sus esfuerzos.

Raquel